

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV

San José, Costa Rica

1949

Sábado 30 de Abril

No. 6

Año XXIX — No. 1081

I

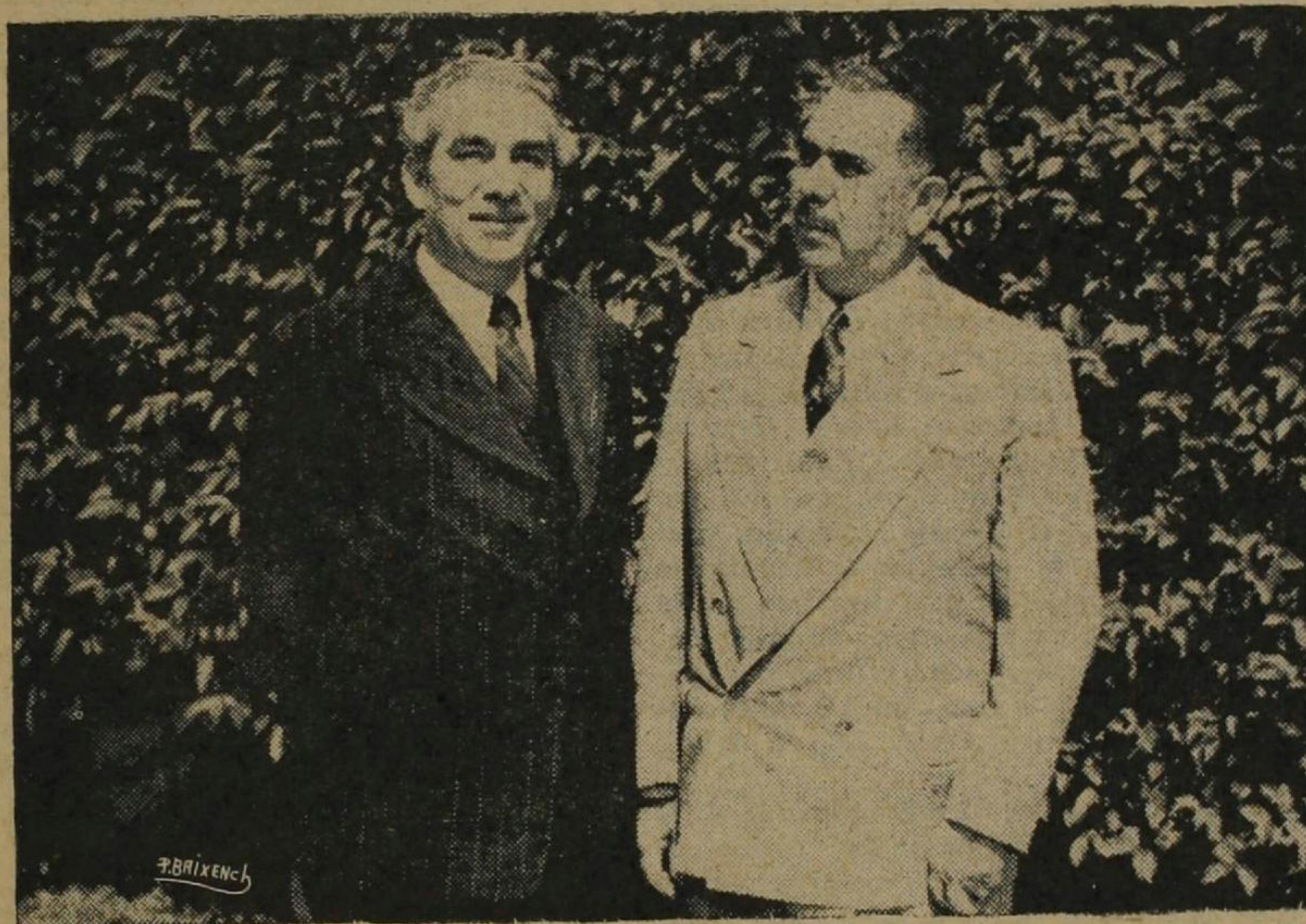
El primer servicio eminente que debo al General Lázaro Cárdenas al partir a su encuentro, es esta oportunidad de apresar, en el tránsito rápido hacia la carretera que ha de conducirme a Michoacán, la magnitud real de la ciudad de México. Del corazón ajetreado de la capital pasamos a las urbanizaciones grandiosas partidas por avenidas a medio hacer, sembradas de plazas en proyecto, pobladas de mansiones presuntuosas. No todas son de buen gusto. Asoman con demasiada frecuencia las de los sirios enriquecidos, agobiadas de pirigallos indignantes; pero van dominando ya las de fachada escueta y porte funcional, ennoblecidas por toques discretos en la piedra gris.

La ciudad crece tanto, que es difícil decir cuándo hemos llegado al campo o cuándo atravesamos un espacio rural entre dos urbanizaciones invasoras. Al fin, entramos en la carretera violenta, escoltada de pinos. Es entonces, desde un altozano estratégico, que se tiene la medida de dos grandes realidades mexicanas: la ciudad trabajadora y singular, rica de recodos coloniales y de audacias de ahora y, enfrente, el inconfundible campo de México, el paisaje abierto y duro donde los lujosos pinares intentan en vano, con su fronda erecta y unánime, domar el filo trágico de las piedras desnudas.

El viaje hasta Morelia, la capital michoacana, es una larga e insuperable lección de geografía de México. Por más de seis horas se corre por sierras y precipicios, siempre sobre curvas impresionantes que se escabullen entre las montañas incontables. Cambian el clima y el ambiente, mudan la temperatura y la casa; pero ese hilo huidizo y presente que es la mexicanidad agraria todo lo ensarta y vertebrada. Al llegar a la antigua Valladolid, sentimos como si las sensaciones contradictorias —que han golpeado la salud física y conmovido la sensibilidad del artista y del hombre— se sumaran en una síntesis dolorida y valerosa en que el jadeo difícil de esta tierra se empinara decisivamente.

Bordeando pueblecillos sonrientes —hechos para los nervios cansados de los habitantes de la gran ciudad cercana— dejando atrás poblados tristes y sórdidos —hechos para el campesino que propicia y sustenta la sonrisa— nos adentramos por la región del Lerma, el río que ahora va a calmar la sed de la capital, llegándose a ella por un túnel dilatado y costosísimo. El pueblo, al que bautiza el río, es pintoresco y destartado, con una ancha iglesia desgastada y algunas casas señoriales muy venidas a menos. La fertilidad circundante, hija del río estrecho y torrentoso, dura poco, porque la carretera se empina con violencia, apuntando a las alturas heladas de Toluca.

Al marcar la primera hora de la ruta, estamos entrando en Toluca. La ciudad mantiene su aire receloso y pacato —hecho de temperamento y temperatura—. Algo ha variado en ella: un enorme monumento a las madres, algunos garages de estampa reluciente, una escuela en construcción, pequeñas fábricas en las afueras; pero, como no es viernes —día de tianguis— el mercado está quieto y los enor-



El Gral. Lázaro Cárdenas (a la derecha) y Juan Marinello, en la Eréndira.

Conversaciones con Lázaro Cárdenas VIAJE

Por Juan MARINELLO

(Envío del autor, en La Habana)

mes portales en que se venden dulces y zarapes son atravesados por ciudadanos silenciosos y lentos. No podemos ver, en la prisa, la estatua de José María Heredia, que hace doce años no había. Nos desquitamos de ello pensando un poco, mientras el automóvil vuela hacia los pinares maravillosos de Bosancheve, en el poeta que aquí fué diputado y juez, en el amante apasionado de nuestro sol y de nuestras palmas encadenado, sobre estos tres mil metros angustiadores, por los hierros de la tarea burocrática y de los hielos nocturnos. Cuánto pudo pesar esto, sospechamos, en su claudicación postrera cuando, sombra de sí mismo, fué a abrazar a su madre moribunda, con el pasaporte español en la chaqueta.

El paisaje cambia multiplicándose en perspectivas violentas. Desaparecen las murallas de pinos y todo se hace declive y quebrada. La vegetación emigra hacia lo alto de las montañas lejanas; los ríos parecen acequias por lo estrechos y ruidosos; la carretera queda, a veces, como un camellón obstinado, avanzando entre dos tajos. A la vuelta de un viraje ríspido aparece Zitácuaro. La vista del pueblo me produce honda emoción. Mi mujer, a mi lado, lo sabe y entiende. Mis ojos quieren absorber, para siempre, el escenario. Miro hacia los montes fronteros, velados por las últimas nubes de septiembre, hacia los pueblecillos laterales acu-

rucados junto a las iglesias primorosas, hacia las casas de las haciendas, desangrándose orgullosamente, hacia los magueyes, que han reaparecido sorpresivamente, hacia la Coyoaca, que es como una torre familiar, hacia las estribaciones últimas, que protegen a Tuxpán.

Quiero meterme dentro el último paisaje que contempló sano Aníbal Ponce. Aquí fué el accidente que le costó la vida. Aquí, al volcarse el automóvil que lo traía de Morelia, se fracturó la clavícula izquierda y empezó a morir. "Durante seis días he estado en Zitácuaro sin poder moverme, malamente atendido. Hoy he llegado a México y mañana probablemente me internaré en un sanatorio para que me operen: otros 15 días de inmovilidad y fastidio..." La carta, mensaje sombrío por tantas razones, me llegó cuando Aníbal había muerto.

Ahora, frente al paisaje para siempre marcado con su recuerdo, se me hace nueva la herida de su viaje prematuro. Al atravesar el tramo nefasto entiendo mejor la magnitud de su ausencia. Aquella cabeza clara y erguida, original y nutrida, poderosa y sensible, hubiera dado hoy, frente a las grandes cuestiones de nuestro tiempo, su fruto más granado y su orientación más valiosa. Con Aníbal Ponce perdimos los americanos todos una fuerza que estaba repletando sus cauces para la tarea decisiva. Por ello cada día que transcurre senti-